

La Odisea del Yo

Germán Lleras Giraldo

Egresado de filosofía

Universidad de Cartagena

Colombia

Resumen:

Nuestra existencia es una revelación solitaria, el intento de auto-compresión de lo que somos y de lo que deseamos ser, se desarrolla desde una caída hacia nuestras profundidades. En la filosofía es posible encontrar una gran cantidad de temas para cuestionar, analizar, estudiar, debatir y reflexionar, pero el ser humano no dejará de enfrentar la siguiente pregunta: ¿qué soy? En ese sentido, el yo del hombre se mantiene como algo oscuro, misterioso y a la vez en algo provocativo ante nuestro intelecto. No obstante, el filósofo italiano Giovanni Papini aborda la exploración de dicho interrogante dentro de algunas de sus obras literarias, con las cuales crea un camino para entrañar en la odisea que implica pensar sobre el yo, ¿qué es lo primero que enfrentará Papini para crear ese camino? La primera acción es desvelar la prisión que nos limita, es decir, las ilusiones que alimentan la llama de la voluntad, luego de ello queda lo que el hilo arrojado, por el mismo autor, nos muestre. Por lo tanto, en este escrito reconstruiremos el hilo temático que nuestro filósofo italiano dejó oculto en varios textos, para navegar en el misterio del yo, una aventura que exige al lector la intimidad para dejarse desnudar y abofetear por un pensamiento crudo.

Palabras claves:

yo, ser humano, prisión, ilusión, profundidades.

El ser humano es una masa de carne con inteligencia, un extraviado en la naturaleza que no sabe para dónde va. El único animal que se preocupa sobre el arte, las matemáticas, la política, el único mono antropoide que emprende una lucha por domesticar el universo. No obstante, cuando cae en reposo y su mirada gira al interior, tropieza ante el primer problema que debe considerar: ¿qué soy? En sí mismo, para la filosofía el hecho de reflexionar sobre el hombre encierra una gran complejidad, dado que las barreras de nuestra conciencia dificultan la comprensión ontológica de lo que somos. Inclusive, el *conócete a ti mismo* profesado por Sócrates puede considerarse como el mayor reto para quien desee escarbar en sus profundidades.

He aquí el hombre explayado sobre miles de años de historia, pero un prisionero de su ignorancia. A pesar de todo, la dificultad de reflexionar sobre el ser humano no deja de convertirse en una muralla que siempre atacaremos, y lo haremos porque nuestros abismos nos llaman. La fascinación por los misterios del alma enciende el fuego de muchas exploraciones. En pocas palabras, el yo del humano es una odisea provocativa.

Un filósofo tentado a considerar la exploración reflexiva sobre el ser humano fue Giovanni Papini. Dicho pensador italiano matizó desde sus obras literarias sentencias crudas y tempestivas acerca del hombre. No obstante, en las lecturas de varios de sus textos, es posible notar que Papini deja un hilo a seguir en el laberinto del yo, pistas escondidas en lo que parece una producción fragmentaria, este hilo es arrojado de forma intencional para invitarnos a ser partícipes de aquella odisea que tarde o temprano enfrentaremos.

El hombre como un «yo» prisionero

Giovanni Papini no se desvincula de la tradición filosófica, varios autores han conformado las bases de sus propuestas filosóficas. Uno de ellos fue Pascal, igual que Emil Cioran, nuestro filósofo italiano rescata del polímata francés la consideración del hombre como un yo tirano, un ser que quiere imponer sobre los demás su voluntad, la cual no conoce satisfacción alguna.

Sin embargo, se trata de un tirano desdichado, un extraviado que, suspendido entre dos infinitos (el infinito macro-universal y el infinito micro-universal), busca retornar a un estado perdido, llegar un *no sé dónde*, y no sabe qué ser. Aunque en las lecturas de los *Pensamientos*, la imagen sobre el ser humano

es particularmente amarga, Pascal aclara que la dignidad de nosotros recae en la conciencia de nuestra miseria. Un árbol que se sabe torcido, y por el hecho de considerarse torcido demuestra una grandeza por encima de los demás. Lo anterior es asegurado bajo el principio moral de la *caña pensante*:

El hombre no es más que una caña, la más débil de la naturaleza, pero es una caña pensante. No es necesario que se arme el universo entero para destruirla; un vapor, una gota de agua es suficiente para matarlo. Pero cuando el universo le aplaste, el hombre sería mucho más noble que quien lo mató, porque él sabe que muere y la ventaja que el universo tiene sobre él. El universo no sabe nada.

Toda nuestra dignidad consiste, pues, en el pensamiento. Es de ahí de donde tenemos que levantarnos y no del espacio y el tiempo, que no sabríamos llenar. Trabajemos, pues, en pensar bien: he aquí el principio de la moral. (Pascal, 2012, p. 108).

En ese sentido, todos caminamos en una cuerda floja en cada momento, divisoando en el horizonte anhelos e ilusiones, carne pensante destinada a ser aplastada por el cosmos, el mismo al cual nos aferramos con ahínco. Somos parientes de las bestias, pero nos apartamos de ellas en el instante de ser vigías de nuestra perdición. Pascal arroja al aire lo que Papini atesorará con tristeza, esto es el *infinito trascendente de vacuidad*. Obviamente, ese infinito lo ocultamos con la diversión y los proyectos diarios que emprendemos, pero cuando caemos en el reposo, no lo podemos tapar con falsos porvenires.

Blaise Pascal anota acerca de lo anterior que colocamos ilusiones en una carrera hacia el precipicio, además de no sentirnos a gustos dentro del tiempo (entendible, dado que, desde un punto pascaliano, somos arrojados hacia el mundo temporal por el pecado). Por lo tanto, nos motiva a no vivir el presente, en otras palabras, a evadir el tiempo presente esperando el mañana. En palabras de Montaigne, la necesidad intrínseca de ansiedad sobre el futuro es meramente ontogenética:

Nunca vivimos en nosotros mismos, sino siempre más allá. El temor, el deseo y la esperanza nos llevan hacia el porvenir y nos quitan el asentimiento y la consideración de lo que es, para hacernos gozar en lo que será, incluso cuando ya no existamos en nosotros. (Montaigne, 2011, p. 9).

Ahora bien, la razón, tanto para Papini como para Pascal, de por qué evitamos a toda costa el presente, es que nos aflige. El peso del presente, su fluir nos desgarran internamente. De cierta forma, tener una conciencia árida del presente implica interiorizar la insignificancia de la existencia individual, pues:

Es que el presente ordinariamente nos hiere. Lo escondemos de nuestra vista porque nos aflige, y si nos resulta agradable, deploramos verlo escapar (...) El pasado y el presente son nuestros medios. Solamente el futuro es nuestro fin. De ese modo, no vivimos jamás, pero esperamos vivir, y nos disponemos siempre a ser felices, aunque es inevitable que no lo seamos nunca. (Pascal, 2012, p, 52).

Si detuviéramos por unos cuantos minutos el ajetreo diario, si cada persona en este preciso momento quedara congelada en el tiempo, no obstante, permaneciera su conciencia viva, no tardaríamos en sentirnos insatisfechos con todo lo que hemos vivido por años. En suma, el arrepentimiento se derramaría. La anterior idea es un breve esbozo de unos de los cuentos más impactantes de Giovanni Papini, titulado *El espejo que huye*.

En dicho relato, un joven espera la llegada del tren cuando, de repente, otro Hombre (En el escrito Guiovanni Papini se refiere siempre al segundo personaje como Hombre, con la primera letra en mayúscula en todos los casos) comienza a entablar conversación con él. No se menciona dentro del escrito quienes son, ni mucho menos sus nombres. El visitante empieza a contarle, con un ánimo muy alegre y deslumbrante, sobre lo maravilloso de la vida cotidiana. Inclusive, manifiesta la admiración por la grandeza del progreso de la especie humana. Sin embargo, justo después de que termina el discurso optimista sobre la realidad, el joven interpela al Hombre.

Imaginad, hombres, una cosa imposible, una cosa absurda, loca, increíble y terrible. Imaginad que todo el mundo se detuviera de repente, en un instante determinado, y que todas las cosas se quedaran en el punto en que estaban y que todos los hombres se volvieran inmóviles, casi estatuas, en aquella actitud en que estaban en aquel momento, en el acto que estaban realizando... Si esto sucediera, y a pesar de ello, continuara en los hombres el pensamiento, y pudieran recordar y juzgar lo que hicieron y lo que estaban haciendo, y pudieran considerar todo lo que han realizado desde su nacimiento y volver a pensar en lo que querían realizar antes de la muerte, ¡imaginaos cuánta desesperación ardería bajo el tétrico silencio de este mundo detenido de improviso!. (Papini, 1987, p, 64).

De igual modo, con el pensamiento de los actos realizados antes de un presente eterno, se hace otro descubrimiento aterrador: el hombre no vive la vida, nunca ha vivido en realidad. Continuamente, sacrificamos los minutos del hoy por el futuro, nuestra única meta es el mañana y no el ahora. En ese orden de ideas, Papini, en boca del joven, refuerza la tesis amarga de Pascal acerca de la conciencia del futuro: la existencia humana es una tragicomedia plagada de ilusiones.

Hombres, nosotros perdemos la vida por la muerte, nosotros consumimos lo real por lo imaginario. Nosotros valoramos los días sólo porque nos conducen a días que no tendrán otro valor que el de llevarnos a otros días semejantes a ellos... Hombres, toda nuestra vida es un fraude atroz que vosotros mismos tramáis en perjuicio vuestro, y sólo los demonios pueden reír fríamente de vuestra carrera hacia el espejo que huye. (Papini, 1987, p, 67).

El interrogante a enfrentar aquí es ¿por qué, finalmente, tendemos a sacrificar la vida en nombre de los espejismos? La respuesta dentro de Papini es directa: lo hacemos porque no podemos obtener un mundo verdadero. Las manos que construyen puentes, escuelas, los ojos que ven el cielo, la boca que desliza historias sobre política y metafísica, los pies que han pisado tierras inhóspitas, el corazón que late ante los acontecimientos, el cuerpo que ha creado un sinnúmero de caminos, nunca han alcanzado un mundo verdadero. Otra forma de decirlo es reconocer al yo como un emperador frustrado.

Efectivamente, Giovanni Papini trata sobre este problema en un cuento titulado *El hombre que no pudo ser emperador*, que empieza con cuestionamientos directos al lector:

Hombre lector, quienquiera que seas, quisiera en este momento tenerte aquí, cara a cara, y clavar mis ojos en tus ojos y estrecharte las manos en mis manos y decirte en voz baja: ¿Crees vivir, vivir de verdad, profundamente, enteramente? ¿Te parece tu vida tan bella y grande como acaso la soñaste en los días ardientes de la juventud? (Papini, 1987, p, 13).

En este escrito relata la historia de una persona que proclama conquistar el mundo entero y emprende un viaje para lograrlo. Al final de tantas vicisitudes el hombre regresa harapiento, maltratado por el fracaso. Sin embargo, cuando todos esperan que admita su derrota, este conquistador fallido toma

conciencia sobre la existencia de otro mundo, supuestamente verdadero. Un mundo que no es este, sino que lo trasciende, cuya única puerta de acceso es el pensamiento. Él creyó que conquistó ese mundo verdadero, no obstante, la sensación que deja la lectura es que se trata de una excusa de ese sujeto por no ser capaz de cumplir su sueño. A tal punto que, se podría decir, que todos caemos en esa escaramuza, idealizamos nuestra ineptitud, el mundo verdadero del que habla Papini también es el mundo del filósofo.

Por otra parte, en *La profecía del prisionero* estas ideas van tomando mejor forma, aunque es un escrito un poco más tardío que *El hombre que no pudo ser emperador*, tiene una conexión directa, porque se retomará la idea del yo como conquistador frustrado, pero relatando el origen de ese yo como conquistador. Es decir, se profundiza sobre la génesis de las contradicciones existencialistas y ontológicas del yo.

En dicho texto se relata la historia de todo ser humano, desde un principio estábamos atrapados en una cárcel de carne, la caverna interior de la madre. Para nuestro filósofo italiano significa que “de una oscura cárcel de carne venimos al mundo, amigo y hermano mío. Y apenas liberados, queremos edificar una cárcel nueva; una cárcel más terrible; una cárcel de espíritu” (Papini, 1987, p, 25).

Con nuestro nacimiento, inauguramos la creación de otra cárcel, este es el yo que forjamos en la medida que pasa el tiempo. En cambio, entre más elaborada sea la prisión de cada quien, más solitarios seremos. No obstante, queremos salir de nosotros mismos para estrechar vínculos con los demás, intentando cortejar el mundo. Y para ello, nos vestimos con las apariencias de las sombras que componen la sociedad, buceando sobre prejuicios y carceleros.

La travesía de esa alma con grandes alas, de ese emperador ansioso, termina en otro fracaso, dado que ese mismo mundo al cual queríamos tomar posesión termina por aplastarnos. En otras palabras:

Y un día, después de haber sacudido todos tus cascabeles, después de haber arrojado todas tus palabras, después de haber hecho brillar bajo el sol todos tus vestidos, después de haber agitado todas tus banderas y soplado en todas tus rompas, te quedarás solo, abandonado, doliente, como un charlatán al que de repente la muchedumbre dejó en la plaza. ¡Y llegará el día del llanto, el día del gran, profundo, silencioso llanto, oh amigo y hermano mío! ¡El día del descubrimiento del desierto interior! (Papini, 1987, p, 27).

Sucios, feos y derrotados entramos nuevamente a nuestra *caverna interior*. Adentro construimos muros más grandes, paredes más resistentes para que ninguna luz toque nuestras heridas, porque es mejor sufrir en silencio. Eso somos todos los hombres, prisioneros de nuestro egoísmo, presidiarios de nuestra alma sufriente.

¿Qué sigue después? En realidad sólo hay dos caminos a seguir, el primero es mantenernos en el vano esfuerzo por escapar de la *caverna interior*, cuyo resultado sería un *infinite loop* en la reclusión continua de otras prisiones. Por ejemplo, tratar de liberarnos por medio de una amante es colocarnos nuevos grilletes en la pasión. El segundo camino es profundizar en nuestra prisión mediante el desgarramiento de todas las apariencias que portamos, lo cual hará que nuestra caverna se desintegre. En este momento, Papini deja un poco al lado esa amargura existencialista (tal vez porque en *La profecía del prisionero* estaba acercándose a una espiritualidad creyente), para dar un giro drástico en la reflexión negativa sobre el yo y la soledad interna. Lo que es nuestro mayor problema, a saber la prisión interna, es la oportunidad para una trascendencia del alma.

Pues bien, al desnudarnos de todo, al quedar tal cual como éramos al principio, pero esta vez conscientes de ello, se romperán todas las máscaras, caerán todos los escenarios y nacerá sobre nuestro cadáver de apariencias el verdadero reino del yo. Entonces, se nos dirá que:

Antes tú querías decir, y ahora sabes que nadie puede decir, sino sólo cantar; antes querías entrar en las almas ajenas, y ahora sabes que toda alma está sola, es inaccesible, rebelde, como tú alma misma, amigo y hermano. Y si querías dominar sabes que nada puede llegar a ser tuyo, ya que todo es tuyo (...) Y la caverna se disolverá poco a poco, como una corona de niebla, como una muralla encantada, y un mundo que no sabes y no conoces, que no conocerás pero vivirás, será tu real asignación. (Papini, 1987, pp. 29-30).

Sin duda, es un camino peligroso porque la esterilización de ilusiones deja campo abierto para el suicidio. Sabernos irreales es un golpe duro para quien en el pasado estaba atado a los espejismos. Lo cual fue señalado por Emil Cioran en el momento que afirma lo siguiente: “si supiéramos hasta qué punto somos irreales, dejaríamos de ser. Si queremos vivir, debemos abstenernos de pensar en la vida, de aislarla en el universo, de querer delimitarla” (2012, p, 36).

Respecto a lo anterior, Papini piensa diferente, pues una de las tareas sobre sí mismos que debemos realizar es, finalmente, romper con los idealismos que nos constriñen. Es decir, hay que destruir los velos que recubren la vida, porque:

Todo lo que existe ha sido recubierto de velos, de idealismos, de frases, de eufemismos, y los hombres ya no recuerdan la vida que hacen. Hay que descascarar, desvestir, abrir y recordarles a los hombres lo que hacen todos los días. (1977, p, 15).

De esta forma, Giovanni Papini nos plantea un reto como sujetos, como seres que piensan, sienten y sufren. La odisea del yo, entendida desde un profundización ontológica y existencial, lleva consigo la exigencia de excavar sobre los abismos que portamos, invita a contactarnos de forma íntima con las contradicciones inherentes al ser, con el objetivo de romper las limitaciones de un yo inmerso en banalidades. Actualmente, vivimos en un mundo que cree más en un fin apocalíptico en lugar de un cambio realmente constructivo, la especie humana se ha agitado en millares de guerras y destrucciones pensando que, realmente, la cumbre de la vida reposa en sus proyectos. Lo anterior refleja lo ridícula que se ve la humanidad, destruyéndose a sí misma mientras acaba con lo que lo rodea, por una enfermedad egotista, sin darse cuenta de la insignificancia de su presencia en todo el cosmos. Cuando leemos el *Espejo que huye*, la enseñanza radica en que podremos tener grandes maquinas, haber construidos inmensas ciudades, haber viajado a la luna, pero el hombre ha perdido el enfoque de lo que realmente es valioso, por apegarse al afán de la acción, el “progreso” y las ficciones, ha torcido el camino de su ser.

Por eso, cuando el personaje de ese cuento reconoce la pequeñez de la humanidad, está diciéndonos que al evadir los abismos interiores estamos perdiendo la oportunidad de rectificarnos. Una vez Miguel de Unamuno afirmó que la razón es el resultado del desarrollo del lenguaje, y éste es la consecuencia de querer comunicarnos con los demás. ¿Pero comunicar qué? Pues comunicar que estamos solos y deseamos salir de aquella cárcel primera. Pero, ese intento de salir de nosotros, fue pagado con un mar de fracasos. Por otra parte, Charles Taylor vislumbró algo que ya Papini había puesto sobre la mesa hace años, que el problema que enfrenta la filosofía de la moral es su reducción sobre las acciones correctas, en lugar de abordar el problema central donde recae todas las acciones morales, ¿qué debemos ser? Por lo tanto, el problema por excelencia de la filosofía no sería juzgar si la vida merece o no la pena, contrariando a Camus, sino reflexionar cómo es posible que nuestra especie

pueda tomar conciencia de que lo primordial, para emprender cualquier proyecto o juicio, es aventurarnos internamente y romper con la cárcel interna.

Por último, hasta aquí se debe dejar el recorrido, no por pereza académica, sino porque el lector ahora debe tomar las reflexiones pertinentes para su propio ser. El hilo hasta el momento arrojado es una pequeña parte de un tejido autónomo personal. Giovanni Papini escribió para que sus lectores se estremecieran y cambiaran, despertaran sobre su sueño ontológico. Lo demás es cuestión vuestra...

Referencias bibliográficas:

- Cioran, E. (2006). *El ocaso del pensamiento*. Buenos Aires. Tusquets editores.
- Cioran, E. (2012). *Cuadernos (1957-1972)*. Buenos Aires. Tusquets editores.
- Montaigne, M. (2011). *Ensayos*. Mexico. Editorial Porrúa.
- Pascal, B. (2012). *Pensamientos*. Madrid. Ediciones Cátedra
- Papini, G. (1987). *Lo trágico cotidiano, El piloto ciego, Palabras y sangre*. Barcelona. Hypaméria ediciones.
- Papini, G. (1977). *Informe sobre los hombres*. Buenos Aires. Emecé editores.